

LAS TRES ROSAS

POEMA EN TRES JORNADAS

A mi invariable y afectuoso amigo el Sr. D. Tomás Pérez Anguita, en prueba de reconocimiento y cariño.

CAMPOAMOR

PERSONAJES

ROSA, madre de ROSAURA, madre de ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, marido de Rosaura.
DANIEL, novio de Rosalía.

UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.
TITÁN, perro de Terranova.
SATANÁS.

ROSA

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Los dos miedos

Julio.—Rosa

I

Al comenzar la noche de aquel día,
ella, lejos de mí,
—¿Por qué te acercas tanto?—me decía.—
¡Tengo miedo de ti!—

II

Y después que la noche hubo pasado,
dijo, cerca de mí:
—Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin ti!

ESCENA II

La última palabra

El amante olvidado. — Rosa

Cuando yo con el alma te quería,
¿quién presumir pudiera
que á despreciar ¡infame! llegaría
en ti y por ti la humanidad entera?...
.

ESCENA III

A rey muerto rey puesto

Julio. — Rosa

Murió por ti; su entierro al otro día
pasar desde el balcón juntos miramos;
y espantados tal vez de tu falsía,
en tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oía. Al verte triste,
yo la trenza besé de tus cabellos,
y—¡Traición! ¡sacrilegio!—me dijiste.
Seguía el *de profundis* y gemimos...
el muerto y el terror fueron pasando...
y al ver luego la luz, cuando salimos,
—¡Qué vergüenza!—exclamaste suspirando.
Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!
¡Después la obscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! Vergüenza!

ESCENA IV

Hastío

Julio. — Rosa

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

ESCENA V

Las dos copas

Un médico. — Rosa

I

Le dijo á Rosa un doctor:
—«Se curan de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral.»

»Yo, aunque el método condene,
lo dulce en lo amargo escondo:
esta copa es la que tiene
dulce el borde, amargo el fondo.

»Y por si quiere esa boca
cumplir una vez mi encargo,
tiene esta segunda copa
dulce el fondo, el borde amargo.

»Dios, sin duda, así lo quiso,
y esto siempre ha sido y es:
tomar la amargo es preciso,
bien antes ó bien después.»—

II

Rosa luego, de ansia llena,
dice en su amoroso afán:
—«Mezclados cual dicha y pena
lo dulce y lo amargo van.

»Merced á doctor tan sabio,
ve, aunque tarde, mi razón,
que aquello que es dulce al labio
es amargo al corazón.

»Yo, que hasta el postrer retoño
agosté en mi edad primera,
brotar no veré en mi otoño
flores de mi primavera.

»Fuí dejando, por mejor,
lo amargo para el final,
y esto, según el doctor,
sabe bien, mas sienta mal.

»Cumpliré una vez su encargo;
tú, copa segunda, ven,
pues tomar antes lo amargo,
si sabe mal, sienta bien.

»¡Oh, cuán sabio es el doctor
que cura de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral!»—

ESCENA VI

Un drama de familia

Julio.—Rosaura.—Rosa (oculta)

I

Siendo Rosa Valdés, según mi cuenta
(si bien por excepción un poco rara),
una mujer hermosa de cuarenta

que no tiene veinte años en la cara,
casi es su otoño una estación florida,
lo mismo que lo fué su primavera;
que es más bella tal vez que la primera
la juventud segunda de la vida.

De Rosa la hermosura es tan cumplida,
que, cual si fuese un velo,
cuando lo suelta al viento, toda entera
la oculta la madeja de su pelo;
pelo que todavía
un torrente sería
del ébano más puro, si no fuera
porque á veces, si lo ata ó lo desata,
tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
unos hilos de plata
que matizan su negra cabellera.

Lozana como un fruto ya maduro,
de buena fe aseguro
que si á los quince abrilés encantaba,
y á los veinte admiraba,
seguía á los cuarenta mereciendo,
pues toda la ciudad aseguraba
que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
que solía perder, envejeciendo.

II

Pero la pobre Rosa
es más que desgraciada, está celosa;
y ya á la languidez de sus miradas
se une de día en día
en su rostro de madre una sombría
palidez de facciones fatigadas;
pues de cierta ilusión roto ya el prisma,
su pena, más que pena, es un martirio,
y vive en una especie de delirio
en que duda de todo y de sí misma.

La idea de su edad la atormentaba,
pues aunque nunca se la oyó una queja,
por momentos notaba
que el amor de los otros la dejaba,
aunque el que ella sintió jamás la deja...
¡Nada á madama Sevigné curaba
del inmenso dolor de hacerse vieja!

III

Mas como ya sabemos
que los años que cuenta,

aunque parecen veinte, son cuarenta,
 haciendo Rosa de dolor extremos,
 asegura que Julio es un infame
 porque la va olvidando... Mas ¡Dios mío!
 después de mucho tiempo, aun cuando se ame,
 en el fondo de todo ¿no hay hastío?
 ¡Sí! y por eso á pesar de sus traiciones,
 es, ha sido y sera Julio Montero
 un gentil y cumplido caballero,
 que vive según Dios y sus pasiones.

IV

Como es Julio una débil criatura
 que en sus varios amores
 gustaba del amor por sus favores,
 como hombre que cree sólo en la hermosura
 (como se cree en la esencia de las flores),
 olvida después que ama,
 y ama después que olvida.
 Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
 dulce ley que fué el norte de su vida,
 pues poco escrupuloso en sus deberes,
 practicando esta máxima sabida
 de que es fuerza adorar á las mujeres,
 después que á Rosa amó con fanatismo
 adoró de Rosaura los encantos.
 Mas ¿fué en Julio cinismo
 hacer lo que hacen tantos?
 No lo creo, sabiendo por sí mismo
 que á quien más tienta el diablo es á los santos.
 Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
 ve Julio que es la hija hasta divina,
 y, en consecuencia, á Rosa
 con Rosaura reemplaza,
 pegándose aquel hombre á aquella raza,
 como se pega el muérdago á la encina.

V

Rosaura, hija de Rosa,
 como niña nacida entre las flores,
 además de ser bella era graciosa,
 pues no sé en qué botánico he leído
 que una hermosa mujer, cuando ha nacido
 en medio de un jardín es más hermosa.
 Morena verdadera,
 ¡cuán morena sería

que bien seguro estoy que pasaría
 por morena en Jerez de la Frontera!
 pecando de esa bella criatura
 (si se peca por eso)
 por demasiada gracia su hermosura,
 produce la dulzura
 de su voz musical tanto embeleso,
 que el que la oye suspira,
 y hermosa hasta el exceso,
 en los labios de todo el que la mira
 casi se ve como palpita un beso.

VI

Perdidas y enterradas
 en Rosa sus primeras emociones,
 en la joven Rosaura recobradas
 volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
 Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
 á Rosaura miraba embelesado,
 casándola de pronto honradamente,
 la eliminó con honra de su lado;
 y así fué la infeliz casada en frío
 con un joven galán de mucho brío,
 que, como un Lord, de sus haciendas vive;
 que aunque se llame Blas, es muy celoso;
 que toca, baila, canta y hasta escribe
 muy poco y mal como cualquier esposo;
 y con tal casamiento,
 Rosa, aunque buena madre, amante artera,
 puso por el momento
 entre Julio y Rosaura una barrera.

VII

De todos los encantos
 que Rosaura tenía
 era el mayor, aunque tenía tantos,
 que á través de sus ojos todavía
 sólo cruzaban pensamientos santos;
 y por eso, entregada
 á nobles expansiones,
 aunque mujer casada,
 es una niña grande tan honrada,
 que no piensa en las malas intenciones;
 y de Julio Montero, que la amaba,
 ella el amor oía
 con un cierto candor que enamoraba,
 pues, casada de prisa, se creía
 libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII

Estando Julio de Rosaura al lado
 en una noche, al acabarse el día,
 bajo el fresco rincón de un emparrado
 que entre su casa y el jardín había,
 Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
 poniendo en no ser vista un gran cuidado,
 se arrastró del jardín hasta la puerta,
 y dejándola á obscuras y entreabierta,
 se puso á oír en alevoso acecho.

IX

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,
 con los ojos devora
 lo hermoso que nos causa calentura,
 muestra Rosaura, de abandono llena,
 aquel rostro en la flor de su hermosura,
 y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
 salta de ella una especie de blancura.
 ¡Noche de amor en que el amor rebosa,
 en la cual las ideas son pasiones,
 en que ostentan las flores sus botones
 con toda su turgencia misteriosa!
 ¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
 en la que en sombras de rumor y flores,
 y en cánticos de amor de ruiseñores,
 se agota todo un mayo en una hora!
 Y cuando así los dos gozan unidos
 de una dicha sensual y candorosa,
 encienden el ardor de sus sentidos
 los magnéticos ruidos
 que, electrizando la campiña toda,
 en blando movimiento,
 pasando por los nidos,
 los va arrastrando y dispersando el viento,
 ¡cantor eterno de la eterna boda!

X

Entre la sombra de la noche aquella
 en que ambos frente á frente se miraron,
 y sus almas los dos se derramaron,
 ella en el pecho de él, y él en el de ella,
 se dijeron amores
 como se abren las flores,

como un ave es cantora,
 como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
 como en todo lugar y en cualquier hora
 alegre y bullidora
 coge el placer la juventud al vuelo;
 mientras Rosa, escondida y desalada,
 oía cada frase
 cual si sintiese el frío de una espada
 que su pecho á traición atravesase.

XI

Como hace amar aprisa, muy aprisa,
 el ardor que circula por las venas,
 cuando se aspira una templada brisa
 que es en lo dulce un céfiro de Atenas,
 Julio ciego y Rosaura placentera,
 bajan enamorados
 la pendiente hechicera,
 por la cual nos empuja arrebatados
 la noche, nuestro amor, la primavera...
 ¡Aquel dosel tan bello
 que forma lo gentil del emparrado!...
 ¡La bruma de un lugar poco alumbrado!...
 ¡Lo obscuro y lo nupcial de todo aquello!...
 ¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
 y acá fe y esperanza!...
 ¡A una parte deseos y ternura,
 por otro lado el odio y la venganza;
 y aquí y allí los débiles quejidos
 que murmuran los pájaros dormidos!...
 ¡Oh, imagen de la vida,
 la dicha siempre á la desdicha unida!...
 ¡Vértigo que formaron combinados,
 la tierra, los abismos y los cielos,
 eternos remolinos encontrados,
 bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

XII

Viendo Rosa llegar el gran instante
 en que á su fin camina
 la audacia habitual de todo amante
 que conoce la ciencia femenina,
 á un ruido de suspiros que hizo el viento,
 como el vago rumor de una arboleda,
 exhaló un rudo acento
 cual si en aquel momento

se hallase en el suplicio de la rueda ;
 y cuando Rosa con furor repara
 que ya llega el instante de la hora
 en que se hunde aquel puente que separa
 á Eva inocente de Eva pecadora,
 al pie de la vidriera
 de la puerta que daba á la terraza
 mira más... mira más... se desespera,
 y cae desmayada, cual si fuera
 una estatua que el rayo despedaza.

XIII

Cuando Rosa caía sin sentido,
 cual si hubiese sufrido
 un fuerte martillazo en la cabeza,
 Rosaura, ante la culpa, con nobleza
 casta, retrocedía,
 pues cuando ya perdía
 su corazón la calma
 de un modo que no sé cómo aquel día
 sin saber lo que hacía,
 no añadió el don del cuerpo al don del alma,
 al corazón venció con su cabeza,
 pues, aun envuelta en fuego,
 sabía con certeza
 que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
 pero no vuelve á un alma la pureza.
 Y siempre decidida
 á hacer guardar del deshonor su vida,
 y sabiendo además que es más seguro
 que arrostrar las pasiones
 poner en ocasiones
 entre el deber y el corazón un muro,
 se lanzó hacia la estancia,
 santuario de los juegos de su infancia.
 Del jardín á la puerta se avecina,
 y, viendo que no cede, empuja airada,
 y encendida, jadeante, fatigada,
 pisa un bulto, se inclina,
 vuelve á erguirse, y camina
 como si el bulto aquel no fuese nada ;
 y la enferma, que á su hija huyendo mira,
 siente, al verse pisada,
 unas ráfagas de ira
 de toda madre al corazón extrañas ;
 y, más rival que madre, entonces Rosa,
 al tocarla aquel pie, sintió celosa
 el demonio del odio en sus entrañas.



LAS TRES ROSAS

¡La luna indiferente entonces muestra
 su disco ensangrentado,
 y una espantosa lividez siniestra
 ecó sobre aquel cuadro desolado!

XIV

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
del fuego que la abrasa,
corre ciega, y corriendo
sobre su madre moribunda pasa,
al umbral de la puerta,
de sorpresa y terror petrificado,
—¡Rosa!...—exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
la cabeza que á intervalos levanta
como cortada con un hacha gira;
va á contestar, pero su angustia es tanta,
que entre sus labios la respuesta expira;
vuelve á querer hablar y se atraganta;
y al fin, más que decirlo, así suspira:
—Me asesinaste, adiós; duerme si...—Muere,
y el «si puedes», que apenas lo profiere,
se le heló con la vida en la garganta.

XV

¡La luna indiferente entonces muestra
su disco ensangrentado,
y una espantosa lividez siniestra
echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII

Mal de muchas

El médico. — Rosaura

—¿Qué mal, doctor, le arrebató á la vida?—
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—¿Pues de dónde cayó?—Cayó del cielo.—